

Darío Groel: “Nos va a costar reconstruir lazos de confianza después de la pandemia”

Por Andrés Asato

Es psicólogo graduado en la UBA, psicoanalista y docente de ISALUD, donde enseña en la licenciatura en Psicología, dirigida por Eva Giberti y Vita Escardó. La carrera aborda un nuevo perfil del profesional más allá del consultorio e integrado a la comunidad

Cuando Charly García compuso *Yendo de la cama al living*, nos habló también de lo que es “sentir el encierro” y de no tener “un poquito de amor para dar”. Quizá, y como en muchas otras canciones del rock nacional, hay un sujeto detrás del artista que pudo expresar aquello que, alguna vez, Eva Giberti explicó en esta misma revista de la importancia de “vibrar con el mundo que a uno lo rodea” y lo que significa “vivir en medio de un desorden permanente”.

Darío Groel, docente de ISALUD, autor del libro *Psicoanálisis y ex-sistencialidad*, de Letra Viva, y con experiencia de trabajo en equipos interdisciplinarios, señaló en esta entrevista con la Revista que “el tejido social quedó alterado después de la pandemia”, y advirtió también que “va a costar reconstruir los lazos de confianza como los que había o quizá, aparezca un colectivo distinto que nos proponga un nuevo lazo de cuerpos”. La incógnita es saber cómo se recompone esto con el correr de los años.

—¿Cómo ha sido esta experiencia para vos en una carrera que se creó con la premisa del trabajo en la comunidad?

—Es una carrera perfilada hacia lo comunitario, pero no sólo eso sino con una perspectiva social y comuni-

taria de la psicología, con materias que fueron incorporando problemáticas más actuales y un perfil del profesional más cerca del terreno que del diván, esa visión le dio a la carrera un salto superador a una especie de grieta que se había instalado en las facultades de psicología del país donde la mayoría son de base psicoanalítica o en oposición, de base no psicoanalítica. Si bien la carrera de Psicología en ISALUD es muy joven y los primeros graduados van a salir recién el año próximo, con el correr de los años esa formación va a marcar una diferencia como propuesta académica.

Por otra parte, desde el Equipo Psicoterapéutico de San Miguel, donde comparto la dirección, sostenemos una práctica interdisciplinaria y a la vez interideológica, porque cada disciplina tiene grandes complejidades ideológicas que definen lecturas del saber disciplinario muy distintas, y eso es muy enriquecedor. La institución está en el conurbano bonaerense, que tiene un amplio abanico de pertenencias socioeconómicas y culturales, y hay zonas de muy alto nivel adquisitivo y zonas muy vulnerables, entonces el cómo atender todas esas complejidades son de gran importancia a la hora de pensar un abordaje terapéutico.



“Piscología en ISALUD es una carrera perfilada hacia lo comunitario, pero con una perspectiva social, con materias que fueron incorporando problemáticas más actuales y un perfil del profesional más cerca del terreno que del diván”

–¿Hay síntomas después de la pandemia que podamos asociar a problemas psíquicos?

–En psicoanálisis hablamos mucho de lo que son los diagnósticos de estructura, una estructura depresiva que vendría a ser un compromiso de la personalidad, pero también de síntomas depresivos que no necesariamente son de estructura, pero que son manifestaciones sintomáticas, y en ambos registros vemos que aumentó la depresión. También se ha notado un incremento de toda sintomatología relacionada a los trastornos de la ansiedad, como los ataques de pánico, las fobias sociales, sintomatologías obsesivas, casos de introversión, pacientes que se fueron encerrando, de alguna manera replegando hacia posiciones de encierro aún cuando la pandemia no es hoy una preocupación como lo fue al principio. Hay pacientes que van solo a trabajar y siguen sin poder enfrentar situaciones sociales o ya no se reúnen con amigos los fines de semana. Esos repliegues han aumentado.

–¿Es algo transitorio o puede ser permanente?

–Ambas cosas, en muchos casos es transitorio y, en otras, puede requerir de una consulta profesional. Son situaciones que a veces pueden quedar si no se las destraba, con

la pandemia, el encierro y las restricciones han aparecido temores por lo que viene del otro, es decir esa idea de que es el otro el que nos puede enfermar y no el virus. Esta es la idea que circuló al vernos con los rostros tapados, los cuerpos encerrados, el costado negativo del aislamiento y contrario al positivo, que fue cuidarnos durante un período de tiempo.

La contracara fue ver los cuerpos replegados, encerrados, cuerpos tóxicos porque cualquier nos podía contagiar, y eso nos pasó a todos al salir a comprar y llenarnos de gel, dejar las zapatillas en la puerta, la idea de que el virus venía en el cuerpo del otro, un cuerpo del otro que se volvía enemigo, y eso ha traído perturbaciones profundas. En algunos pacientes se empieza a sentir una ajenidad, una toxicidad en el cuerpo, que está costando resolver en los análisis, en cómo volver a confiar, volver a dar un abrazo. El saludo con el puño supone una distancia, la práctica del mate tan argenta entre nosotros ya no se comparte tanto. Es decir, se han perdido hábitos de cercanías y eso tiene consecuencias en el tejido social.

–¿Y en alguna medida no pone en riesgo lo colectivo?

–Sí claro, la trama social, el colectivo social queda alterado, nos va a costar reconstruir lazos de confianza como los que había y quizá no se logre, o aparece un nuevo colectivo que proponga un nuevo lazo de cuerpos. Habrá que ver cómo se rearma con el correr de los años, pero lo cierto es que la trama colectiva ha quedado alterada, sobre todo para un sector etario, porque en pandemia se veía a los jóvenes más reacios a entrar en cierta concientización, pero para un sector etario adulto y adulto mayor, efectivamente esto produjo alguna lesión. Uno guarda la esperanza de que las cosas

puedan a volver a cierto lugar, la de abrazarnos como antes, pero también existe la posibilidad de que no aprendamos de las lastimaduras o las perturbaciones psicológicas que nos dejó la pandemia y nos haga olvidar el verdadero sentido que tuvo el poder pensar y poner en práctica, por ejemplo, políticas de salud pública que pudieron evitar que mucha gente se nos muriera no por el virus, sino por falta de un respirador como vimos en Italia o España. Es un aspecto duro e interesante porque lo mismo que nos llevó a la posibilidad de aprender también nos ha lastimado como sociedad, y hay que ver cómo nos recuperamos de todo eso.

–Mark Fisher, un teórico británico, planteaba en relación con la salud mental, que el modelo capitalista en realidad produce sujetos en estado de perpetua ansiedad ¿coincidís con eso?

–A finales de los 80 hay un movimiento de pensadores progresistas, entre ellos está Mark Fisher, que entran en una suerte de desasosiego al caerse el Muro de Berlín, la Unión Soviética, las experiencias comunistas que quedan son muy aisladas y otras se terminan burocratizando o corrompiendo, pero no hay una alternativa que tense al capitalismo.

Lo que explica Fisher es que hay un realismo capitalista que ahoga la subjetividad porque no plantea una alternativa y se vuelve como una especie de atmósfera cerrada donde lo único que prevalece es la fidelidad al capitalismo o quedar fuera de él. Pero esa fidelidad consiste en consumir cada vez más y esto es lo que despierta una perpetua ansiedad, es como quedar enganchado al sistema a la manera de Charles Chaplin, en *Tiempos Modernos*.

Lacan en los 70 hablaba de que el discurso del capitalismo tiende a estallar, porque dice que se consume tanto que termina borrando al sujeto y el sujeto se vuelve un objeto dentro del mismo consumo, lo que genera una tensión que tiende al estallido, al reviente. Esa concepción de Lacan en los 70 o Mark Fisher en 2010, es como

uno lo verifica en la clínica donde los pacientes vienen a mostrar niveles de ansiedad muy complicados. La cosa es “ya” y con “urgencia”, como decía Luca Prodan: “no sé lo que quiero, pero lo quiero ya”.

Hay una frase de Nietzsche que es muy interesante y dice que no hay hechos solo interpretaciones, y nosotros,

“En psicoanálisis hablamos mucho de lo que son los diagnósticos de estructura, una estructura depresiva que vendría a ser un compromiso de la personalidad, pero también de síntomas depresivos que no necesariamente son de estructura”

los de mi generación, ya crecimos en una sociedad que de alguna manera desconfía de la verdad. Dios ha muerto, dijo Nietzsche, así que la historia del siglo XX,

que no necesita demasiado relato, pero que vale por eso que miro y está en las redes sociales. Y no hay una búsqueda del relato que fundamente la realidad, alcanza con que dure ese tiempo, y no importa si mañana cambia. Es otro modo de relación con la verdad, que yo no lo ubico moralmente como mejor o peor, son otras coordenadas y, sobre todo, en los jóvenes de hoy que no necesitan una verdad demasiado densa, absoluta o total. Pero la posverdad engancha con esas coordenadas en donde lo que entendemos por verdad se reduce a una imagen en continuo movimiento.

–¿El rock, sus letras no han sido un termómetro de los tiempos que nos ha tocado vivir como sociedad?

–Sí, y lo digo con cierta nostalgia también, aunque no me ubico entre los conservadores sino entre los que piensan que mañana puede ser mejor, porque el rock claramente ha sido un modo cultural de expresión que pudo canalizar broncas, rebeldías, necesidad de cambios y transformaciones, en los 60 con *La Marcha de la Bronca* en medio de revueltas y marchas estudiantiles, en los 70 Charly García y el cuestionamiento a las instituciones, en los 80 Virus, Soda y en el medio como una bisagra Pil Trafa y su banda fundadora del movimiento punk en Argentina, y ya en los 90 con propuestas más abiertas al rock barrial, también fue una vuelta a lo clásico y lo alternativo con Juana La Loca. A partir del 2000, no hubo un rock que estuviera a la altura de la ruptura, a lo contracultural, yo diría más bien que nos está faltando más rock en la actualidad. [U](#)